

Karina

# El baúl de mis recuerdos



m̄r

Karina

**El baúl**  
de mis  
**recuerdos**

**m̄**

© María Isabel Llaudes, 2014  
© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Redacción de textos: Pilar Arranz

Diseño de cubierta: morato + ∞  
Imagen de cubierta: Archivo autora  
© Imágenes del interior: Archivo autora, Album, EFE, revista *Semana*, revista *¡Hola!*, Domingo J. Casas/Album, Martín Caminos, Felipe López, Paco Torrente/EFE, J. Torres.

Primera edición: septiembre de 2014  
ISBN: 978-84-270-4130-1  
Depósito legal: B.16.380-2014  
Impresión Huertas, S. A.  
Impreso en España / *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

# ÍNDICE

1. Madrid, la puerta de mi nueva vida .....	11
2. ¿3000 pesetas o Benidorm? .....	33
3. El bikini amarillo .....	50
4. Si fuera una princesa .....	62
5. Muñeca de cera .....	75
6. Concierto para enamorados .....	88
7. Las flechas del amor .....	103
8. Rumbo a Japón .....	126
9. Pasaporte a Dublín .....	135
10. En un mundo nuevo .....	148
11. Camino al altar .....	165
12. Nosotros fuimos .....	176
13. La ruptura con Hispavox. El final de una etapa.....	195
EPÍLOGO. Un puñado de recuerdos guardados en un baúl .....	201

# 1

## MADRID, LA PUERTA DE MI NUEVA VIDA

«¿Y cómo hablarán los de Madrid?» Esa fue, curiosamente, la primera duda que me asaltó aquel día del mes de septiembre de 1959 en el que, junto a mi padre, abandoné la tierra en la que había nacido y pasado una infancia muy feliz. Tenía catorce años y entonces no podía imaginar la cantidad de aventuras que me esperaban en cuanto llegara a la capital, la vida tan apasionante que iba a llevar. A mí, Madrid, me parecía otro mundo; no tenía ninguna referencia de aquella ciudad. Barcelona me sonaba mucho más, porque allí vivía parte de mi familia paterna, pero la capital me resultaba un lugar totalmente desconocido. Mi abuelo era de origen catalán, mi abuela, valenciana; por esa razón siempre escuché a mi padre y a mi abuelo hablar entre ellos en catalán. Quizás también por eso, lo primero que se me vino a la cabeza al abandonar mi hogar era cómo hablarían los madrileños y si entenderían mi acento, tan andaluz. Es curioso las cosas que se te vienen a la mente cuando eres niña y te enfrentas a algo nuevo, sobre todo en un tiempo en el que no había televisión en los hogares y utilizabas tu fantasía para imaginar cómo eran otros lugares. Aún hoy en día ignoro por qué

razón mis padres eligieron Madrid para emigrar, porque la mayoría de los andaluces lo hacían, en esos años, a Barcelona. Incluso uno de mis tíos paternos vivía allí. Con el tiempo he pensado que se decantaron por Madrid porque una prima de mi madre estaba asentada ahí y podría echarnos una mano a la hora de buscar un alojamiento.

Mi vida siempre ha estado regida por grandes cambios; el primero de ellos fue mi marcha de Jaén. Allí dejé mi infancia, muy feliz, y me lancé a la aventura de vivir en una gran ciudad y a triunfar en una profesión que jamás había barajado. Gracias a este cambio conocí el mundo de la fama, viajé al extranjero, conocí a gente muy interesante y viví experiencias inolvidables. Si me hubiera quedado en Jaén, ahora sería Maribel; Karina nunca hubiera existido.

Era una mañana de principios del mes de septiembre, se me ha borrado la fecha exacta de la memoria, cuando mi padre y yo nos disponíamos a coger el autobús de línea que hacía la ruta Jaén-Madrid. Yo había preparado mi maletita la noche anterior, con poca ropa porque aún hacía mucho calor. Todavía recuerdo esa maleta, era de aquellas forradas de tela de rayas y con dos cerraduras metálicas que se plegaban y cerraban con una llave. Solo hubo algo que me llamó mucho la atención cuando ya tuve todo listo, ¿por qué no me dejaban meter mi uniforme para ir al colegio? Las clases comenzaban pocos días después y, si yo abandonaba el centro de las Teresianas de Jaén, tendría que buscar otras monjas que me acogieran en sus clases. Me extrañó mucho pero no pregunté nada. Yo era una niña muy obediente y no cuestionaba nada.

Por la mañana, acompañada de mi padre, me monté en el autobús de La Sepulvedana, que todos conocíamos como *La*

*Pava* (intuyo que sería porque iba muy lento, aunque no lo sé con seguridad). Hace unos meses, viendo la serie *El tiempo entre costuras*, me di cuenta de que Sira, la protagonista, se montaba en un autobús como aquel, ¡qué recuerdos me vinieron a la cabeza! A finales de los años cincuenta el hecho de viajar era algo extraordinario, emocionante, porque no resultaba habitual. Marcharte a la capital se convertía en una auténtica aventura, y más para una chica adolescente.

Mi madre se había marchado unos pocos días antes a la ciudad con mis hermanos, Salvador, siete años mayor que yo, y Paco, con el que me llevo cinco. Era la pequeña de los tres, aunque no la mimada. Me querían y cuidaban mucho pero ¡me llevaban recta como una vela!; eran muy estrictos conmigo. De todas formas yo siempre fui una niña buenísima, muy obediente. Mi hermano Paco, sin embargo, era un trasto, muy movido, siempre inventando una travesura nueva. El caso es que yo tenía mucha curiosidad por aquella marcha repentina de mis familiares y le dije a mi padre:

—Papá, ¿por qué se ha ido mamá a Madrid?

—Para buscar una casa en la que podamos vivir, hija. No te preocupes que pronto nos reuniremos con ella y con tus hermanos —me respondió.

Y ahí se acabaron las explicaciones. Nadie me contó que nos estábamos convirtiendo en una familia más de las que buscaba un futuro mejor en la capital. Miles y miles de personas se marcharon de Andalucía en esa época porque la situación económica estaba *regularcilla*. Nosotros tuvimos que empezar de cero porque el próspero negocio familiar se fue a pique. Pero con mucho ánimo iniciamos una nueva etapa en nuestra vida sin mirar lo que dejábamos atrás.

Mi abuelo tenía una empresa familiar de curtido de pieles en la que, por supuesto, trabajaba mi padre, y que daba dinero para vivir muy holgadamente. La casa en la que me crié estaba en el centro de Jaén, en la calle Sedeño, y era preciosa, una típica construcción andaluza con un patio lleno de plantas que cuidaba mi madre. A ella le encantaban las flores y tenía muy buena mano, por eso vivíamos rodeados de jazmines, rosas de pitiminí y geranios. En el garaje guardábamos nuestro coche, un Austin de color marrón, un modelo que todos llamaban *La Rubia*, y un camioncito donde mi padre transportaba las pieles del negocio. Éramos de los pocos privilegiados que disponíamos de coche en Jaén, porque era un artículo de lujo. Por aquel entonces resultaba más barato comprarse una casa que un coche. Vivíamos estupendamente pero, de repente, mi abuelo enfermó (de hecho el pobre no sobrevivió más que dos años desde que nosotros abandonamos Jaén) y las cuentas empezaron a ir de mal en peor. Pasados los años me enteré de que los bancos se habían quedado con el negocio y con las casas de la familia. Ese fue el motivo por el cual mis padres, en busca de un futuro mejor, decidieron marcharse de allí. De mi Jaén natal guardo unos recuerdos maravillosos porque viví rodeada de cosas bonitas, en una casa preciosa, solo preocupándome de mis estudios, de pasármelo bien con mis amigas y de disfrutar de mi pasatiempo favorito, ir al cine. No me perdía una matiné, ¡la de películas que pude ver en esos años! Hasta los porteros del cine hacían la vista gorda cuando la película no era autorizada para niñas. Me dejaban pasar incluso sin pagar la entrada porque allí nos conocíamos todos, ellos sabían que yo era la hija de Salvador Llaudes. Así que, muy resuelta, entraba y les decía:

—Ya vendrá mi padre a pagar.



Y ahí me veía todas las películas de la época. Tenía predilección por las musicales, como *Siete novias para siete hermanos*, me fascinaba Jane Powell, la protagonista. Me encantaban también Marilyn Monroe y Doris Day porque también solían cantar en las películas que protagonizaban. De esta última no me perdía las que compartía cartel con Rock Hudson, ese hombre tan atractivo. Tengo tan vívidos esos momentos que aún puedo recordar el olor a flores tan rico que había en los cines de verano.

El viaje de Jaén a Madrid era largo, los 340 kilómetros que separan las dos ciudades ahora se pasan en un suspiro pero, antes, el camino se hacía eterno. Nos subimos a ese autobús y abrimos las ventanas de par en par porque aún apretaba el calor de verano. Mi padre me animaba para que el trayecto se me pasara más rápido.

—Vamos, Mari, que dentro de muy poco ya estaremos todos juntos, que pronto vas a ver a mamá y a los hermanos.

Fuimos dejando atrás La Carolina, de donde por cierto era mi madre, Valdepeñas, Manzanares, Puerto Lápice... La carretera no era tan buena como ahora; tenía sus baches y un solo carril en cada sentido, lo que hacía que la velocidad fuera muy reducida, así que te podías recrear en el paisaje. El peor tramo del camino eran las curvas de Despeñaperros, tan famosas hasta hace bien poco, cuando construyeron la carretera nueva. Ese trocito de trayecto se hacía interminable, curva para acá, curva para allá... era difícil no marearse. Iba mirando por la ventanilla, atenta a lo que pasaba a mi alrededor, y vi como se iban quedando atrás los olivos de mi tierra y entrábamos en Castilla la Nueva, donde los campos resultaban tan diferentes a los andaluces y los cultivos de cereales daban un tono dorado a todo el paisaje.

Bien entrada la tarde llegamos a la antigua Estación Sur de autobuses de Madrid, que estaba en la calle Palos de Moguer. Allí era donde aparcaban los autobuses de La Sepulvedana que venían del sur. No me impresionó mucho mi aterrizaje en la capital, lo único que me sorprendió es que había muchísimo más tráfico que en Jaén, donde apenas había coches, lo que nos permitía jugar en las calles y andar sin peligro ninguno por ellas. Nada más llegar ya me di cuenta de que en Madrid había más bullicio.

En la estación nos esperaban mi madre y mi hermano Paco. Me dio mucha alegría verles allí, aguardándonos. Mi madre, como siempre, nos recibió animosa y contenta. Mi padre era muchísimo más serio, como los hombres de aquella época, más recto. Entonces los señores se dedicaban a trabajar mientras la madres se preocupaban de los hijos, por eso teníamos mucha menos confianza con ellos; a los pobres les educaban para que no fueran tan afectuosos como las mujeres. En eso hemos mejorado mucho en las siguientes generaciones. De todas formas, mi padre Salvador era un hombre excesivamente reservado, creo que se ha llevado un montón de secretos a la tumba.

En la puerta de la Estación Sur tomamos un taxi, entonces eran negros con una banda roja que los atravesaba de lado a lado, y nos marchamos a casa de Juanita, una prima hermana de mi madre, y de su marido José, que no vivían lejos de la estación. Allí pasamos unos días hasta que nos mudamos a nuestro nuevo hogar.

Recuerdo perfectamente aquel pisito que alquilamos recién llegados a Madrid. Estaba en la calle Antonio López, justo pasado el río Manzanares y muy cerca del puente de Andalucía. Ahora esa zona de la ciudad, que pertenece al distrito de Argan-

zuela, se considera céntrica, pero antes suponía vivir en el extrarradio. Era un área muy industrial que se estaba transformando a toda velocidad; allí se construían muchos bloques de pisos para acoger a todos los obreros que venían a trabajar desde otros puntos de España. Se trataba de una zona muy popular donde vivían familias trabajadoras. El barrio en esos años no era muy bonito, sobre todo porque no estaba asfaltado y en cuanto empezaban las lluvias se embarraba la calle, aquello parecía el lejano Oeste. Todavía guardo en la memoria cómo se colocaban unos tablones de un lado a otro de la calle para que los vecinos pudiésemos pasar y no nos manchásemos en exceso los zapatos. La tierra se convertía en un barrizal, pero con ese invento podíamos cruzar la calle sin problema.

Nuestra casa, situada en un bloque de pisos, tenía tres dormitorios (uno para mis padres, otro para mis hermanos y otro para mí), un saloncito pequeño, una cocina y el baño. En la cocina había un tendedero; compartíamos las cuerdas con la vecina y con ella teníamos que ponernos de acuerdo para secar la colada. Eso me llamó mucho la atención porque en Jaén teníamos una terraza inmensa en la parte alta de nuestra casa y allí era donde tendíamos la ropa. Pero, de todo lo que tenía el piso, lo que me llamó más la atención fueron los armarios empotrados, ¡no los había visto en mi vida! En ese pisito me tuve que acostumbrar a una vida más sencilla, porque nosotros proveníamos de una familia acomodada, teníamos una casa preciosa y dos personas de servicio, una chica y una cocinera. Hasta mi forma de vestir cambió. En Jaén tenía mucha ropa, aquí me vine con cuatro cosas, tenía alguna faldita, algún pantalón, alguna chaquetita, un chaquetón para el frío y poco más. Pero, cuando eres tan joven, enseguida te adaptas a todo. Además,

teniendo al lado a mi madre, Trinidad, tan alegre y jovial, las penas no existían.

Ya instalados en la casa de Antonio López mi padre se marchó a trabajar a Barcelona para poder mantenernos. Allí tenía contactos de sus negocios anteriores y se dedicó a lo que él dominaba, al sector de la piel. Mi hermano Salvador hizo lo mismo, se marchó a la Ciudad Condal, pero no para trabajar sino para estudiar. A él le gustaban mucho la política y la economía y se matriculó en algo relacionado con ese tema, supongo que sería Filosofía y Letras o Económicas, una carrera que al final no pudo acabar, seguramente porque la falta de medios le obligó a abandonarla, una pena porque mi hermano siempre ha tenido muy buena cabeza tanto para las matemáticas como para todos los temas relacionados con la política. Él se instaló en Barcelona en casa de Enrique Sales y su familia, unos amigos de mis padres.

En Madrid nos quedamos mi hermano Paco, que estudiaba inglés porque quería ser profesor de ese idioma, y yo. Como llegamos a principios de septiembre yo pensé que volvería la rutina a mi vida y mi madre me llevaría a un colegio como aquel al que acudía en Jaén, el Pedro Poveda, regido por las monjas Teresianas. Yo, tonta de mí, preparaba todo para ir al colegio. De todo lo que me ocurrió ese final de año, lo que más me dolió fue tener que dejar el colegio. A mí me encantaba acudir a clase, siempre iba muy feliz. Las monjas jamás me pegaron; si hacía alguna trastada o no estudiaba me castigaban mirando de cara a la pared o copiando un montón de veces la misma frase, ¡cuántos ratos me pasé copiando una y otra vez lo mismo! De mi etapa escolar recuerdo que me encantaba las asignaturas de Geografía e Historia, sobre todo esta última porque me la

aprendía como si de un cuento se trataba. Sacaba buenas notas en todas las materias excepto en Matemáticas, ¡era un desastre con las cuentas! Me recuerdo leyendo el enunciado de los problemas: «Si un hombre coge un tren en Madrid, otro lo coge en Jaén, el primero va a 100 kilómetros por hora, el segundo a 90...». Cuando llegaba a ese punto ya se me había olvidado de dónde salía el primer tren y tenía que volver a empezar. Así que las monjas me castigaban poniéndome un montón de cuentas para resolver, ¡pero no sirvió de nada! Las matemáticas se me daban fatal en la escuela y luego, durante toda mi vida, la economía no ha sido mi fuerte... y así se ha demostrado a lo largo de los años. Siempre me he guiado más por el corazón que por el interés.

Tenía que empezar cuarto de bachillerato ese año pero jamás lo llegué a cursar. En lugar de eso mi madre me llevó a una academia que había cerca de casa y donde impartían lo que entonces se denominaba «cultura general». Era muy normal que las chicas que no llegaban a estudiar el bachillerato adquirieran nociones básicas de matemáticas, para aprender a llevar la economía doméstica, labores, a leer, escribir y algo de cultura general. Como las mujeres ya empezaban a incorporarse al mercado laboral, proliferaban las academias, como a la que yo acudía, para recibir lecciones de mecanografía y taquigrafía y así llegar a ser una buena secretaria, una salida muy común entre las chicas. Así que yo acudí a esa academia que era solo para chicas. Entonces no estaban permitidas las aulas mixtas, había colegios masculinos o femeninos; por esa razón las relaciones entre chicos y chicas no eran muy fluidas, éramos extraños. Las clases en aquella academia las impartía don Alfredo. Me extrañó muchísimo tener un hombre como profesor porque en mi

colegio todas eran monjas, aunque vestidas de seglares, a las que llamábamos *señoritas*. Y de repente al frente de la clase estaba un hombre. Cuando llegué él me presentó al resto de las compañeras:

—Mirad, una nueva compañera, se llama Maribel.

Aquellas niñas —unas diez, no habría más— no dijeron ni *mí*, me ignoraron en ese momento y no me hicieron mucho más caso durante el resto del curso que estuve con ellas. Me senté donde me indicaron y don Alfredo continuó con la lección. Desde ese mes de septiembre de 1959, las mañanas las pasaba en la academia y por la tarde, en el mismo bloque en el que se encontraba el lugar de estudios, acudía a casa de una bordadora para aprender a coser durante una hora al día. Ella me enseñó a realizar lo básico: coser un botón, meter los bajos de una falda o de un pantalón, cuatro nociones de bordado... Pero, vamos, siempre supe que aquello de coser no era lo mío, aunque en esa época aprender a usar la aguja y el dedal era asignatura imprescindible para toda joven, así que me resigné.

Algunas veces, durante la clase, me ponía a recordar mi estancia en mi antiguo colegio de las monjas, aquel hermoso patio lleno de rosas al que llegué con tan solo cuatro años y en el que jugábamos todas las niñas. Pensaba en esa virgencita a la que llamábamos Niña María y a la que tanto me gustaba adornar con flores cuando llegaba el mes de mayo. Durante un tiempo mi madre quiso que me quedara en el comedor que montaron las monjas porque yo me alimentaba fatal. No me gustaba ni la carne, ni el pescado, ni las legumbres... Comía algo de arroz, huevos y poco más. Así que mi madre pensó que sería buena idea que me quedara allí para aprender a tomar de todo. Pero fue peor el remedio que la enfermedad porque allí, como

nadie me vigilaba, no comía nada. Así que mi madre decidió volver a mimarme con sus sopas de menudillo, una que hacía con pollo, huevo duro y picatostes; esa era una de las pocas cosas que lograba comer.

También me acordaba de mis amigas, especialmente de Loli, una de las más cercanas a mí. Cuando me fui perdimos todo el contacto porque en nuestro piso no teníamos teléfono; la única forma de comunicación posible era a través de las cartas y, a esa edad, eres poco constante para pasarte el día escribiendo. En los primeros meses de estancia en Madrid escribí varias tarjetas postales al colegio para que las monjas se las entregaran a mis amigas, pero poco a poco fui dejando de hacerlo. Hasta años después no volví a Jaén, solo de visita, y cuando yo tenía otra vida totalmente distinta.

En Madrid, la mayoría del tiempo lo pasaba con mi madre y mi hermano o leyendo en mi habitación; me encantaba Rabin-dranath Tagore, repasaba una y otra vez su libro *El jardinero*. En mi bloque conseguí hacer una buena amiga con la que compartir confidencias. Esa niña se llamaba Marlu y era un *vecinita* que tenía mi misma edad, catorce años. Con tan pocos años ya se hacía cargo de sus tres hermanos varones, más pequeños que ella, porque su madre había muerto. En esa época era normal que, desde muy jóvenes, las niñas se convirtieran en pequeñas amas de casa y se ocuparan de toda la familia; a ella le había tocado desde muy pequeña cuidar a su padre y hermanos. La recuerdo en la cocina preparando unas perolas grandísimas de espaguetis para toda la familia. Ahora me llama la atención que una niña tan pequeña fuera ya responsable de sacar adelante una casa pero entonces me parecía normal. Ella tampoco iba al colegio, lo había tenido que abandonar al morir su madre, y

acudía a la misma academia de «cultura general» a la que asistía yo. Hablábamos mucho sobre música y siempre discutíamos por lo mismo...

—A mí me encantan los Cinco Latinos porque entiendo lo que dicen— me repetía Marlu.

—Pues a mí me gustan muchísimo más los Platters, cantan infinitamente mejor— le respondía.

Yo entendía algo de inglés solo de escuchar a mi hermano. Además, él me traducía las letras de las canciones del inglés al español. Nunca he llegado a hablar ese idioma de forma fluida, lo entendía pero me daba una vergüenza tremenda expresarme en él. Además, mi hermano siempre se metía conmigo cuando me escuchaba decir alguna frase en esa lengua, se reía y me soltaba: «¡Pero qué torpe eres!». Así que, entre esa forma de meterse conmigo de mi hermano y mi timidez, nunca me he atrevido a hablar mucho en inglés; pero tengo que reconocer que, cuando mi hermano no se encuentra delante, me suelto y me defiendo como gato panza arriba.

Así fue pasando el otoño y llegó el invierno. Me sorprendió que en Madrid el clima era mucho más frío que en mi tierra y que las casas no se encontraban muy acondicionadas para esas heladas. En Jaén teníamos una cocina de lumbre, en Madrid un brasero eléctrico. Recuerdo que el agua caliente venía de un termo, pero estaba encendido solo unas horas al día porque la electricidad era muy cara. Y así, con el invierno instalado en Madrid llegó la Navidad. Mi hermano vino desde Barcelona para pasar esos días, aunque mi padre faltó en aquellas fechas tan señaladas. De esas fechas tengo grabado nítidamente cómo mi pobre madre «hizo el pino» para que la mañana de Reyes tuviéramos algún regalo en nuestros zapatos. Esa



mañana los Reyes Magos dejaron en mi zapato unos calcetines de rombos y una caja de lápices Alpino de seis colores, esos que eran tan populares en la época. Más tarde me enteré de que esas famosas pinturas surgieron por casualidad en una fábrica de juguetes de Gerona. Los hermanos Masats, que fueron los creadores, cogieron los trozos de madera que sobraban en su fábrica, les pusieron unas minas de colores y así nacieron esos lapiceros que tan feliz me hacían cada Navidad. Me gustaba tanto esa tradición que a mis dos hijas y a mi nieto les sigo regalando una cajita de pinturas Alpino cuando vienen los Magos de Oriente.

Esos Reyes no tuvieron nada que ver con los que recibía en Jaén, aunque me hicieron la misma ilusión porque veía el amor que había puesto mi madre en ellos. Solo dos años antes sus Majestades me habían dejado el juguete más preciado en esos años: ¡la Mariquita Pérez! Era un primor de muñeca, preciosa, de cartón piedra y pelo natural, con su vestido de florecitas, su manguita de farol, sus calcetines blancos. Todas las niñas de la época la querían; había un eslogan que decía: «Desde que dejan la cuna hasta que ya son mujeres, las niñas del mundo entero piden Mariquita Pérez». Pero es cierto que pocas la pudimos tener porque no era asequible para todos los padres; costaba unas 100 pesetas y solo las niñas de clase media o alta podían acceder a ella. Era tan famosa que tenía sus propios *modelitos* e incluso protagonizaba cuentos y canciones. Era una verdadera estrella. No sé qué habrá sido de aquella preciosidad, nunca más supe de ella, supongo que se quedaría en Jaén. Además de la anhelada Mariquita Pérez, aquel año, creo recordar que era 1957, me trajeron un cuento de Peter Pan y las *pinturas* Alpino, esas que no fallaban nunca.